

laboriosa de una version, donde se egercitan á la vez el entendimiento y la memoria. Siendo casi seguro que nuestro caudal de voces no basta, necesitamos recurrir muy frecuentemente á los diccionarios; y no bastando tampoco estos, por que ninguno fija ni puede fijar los sinónimos de una lengua demasiado libre y variada, como es la de Ciceron; examinamos detenidamente el pasage, buscamos todos los equivalentes de la nuestra, analizamos con el mayor detenimiento cada palabra, señalamos con escrupulosidad sus diferencias; y casi no traducimos una cláusula, sin haber hecho concurrir á este trabajo muchos conocimientos exquisitos, sin haber fijado algunos sinónimos, sin haber dado precision á las palabras españolas y sin haber puesto en práctica, no los silogismos, entymemas &c., sino la verdadera y única lógica, la lógica de las lenguas. Este egercicio no seria tan provechoso en un idioma moderno: por que todos los que hoy se hablan estan en un contacto muy íntimo, para que se noten al traducirlos todas las diferencias que hay entre cualquiera de ellos y el latino. ¿Cuales serian pues los resultados infalibles del cultivo filosófico de los poetas y oradores latinos? Enriquecer la memoria, dar buenos hábitos al raciocinio, dominar la atencion y la reflexion á nuestro arbitrio, reunir excelentes modelos para formar nuestro gusto en todos los ramos de la composicion, poseer nuestro idioma de un modo filosófico y usual al mismo tiempo, adquirir precision, exactitud, elegancia, riqueza y facilidad en el uso de la palabra. He aquí lo que deberán conseguir nuestros alumnos, manejando los autores de buena latinidad y muy principalmente las obras de Ciceron, á quien debemos mirar como el mas prudente de los antiguos filósofos, como el depositario del antiguo saber, como el primero de todos los maestros para formar el buen gusto con excelentes preceptos, como un publicista consumado, y como el dueño con Demóstenes del primer rango en la escala sublime de la elocuencia.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

EL DISCURSO DE JOVELLANOS

EN ELOGIO

DE LAS CIENCIAS NATURALES,

EL CUAL SE TITULA

Meditacion sobre los seres criados y sus relaciones con Dios y el hombre, consideradas en el orden de la naturaleza.

AL abrirse en el instituto de Asturias la enseñanza de las ciencias naturales, Don Gaspar Melchor de Jovellanos interesado en los progresos de aquel establecimiento literario, quiso determinar á tan importantes estudios el espíritu de aquella juventud. Ningun medio mas á propósito que llamar exclusivamente su atencion, no solo hácia las grandes ventajas de la física y química, su influencia prodigiosa en la agricultura, en el comercio y en las artes; sino tambien sobre los prestigios innumerables con que recrea y embelesa la imaginacion el cuadro de la naturaleza, que mas de una vez ha ocupado las vigilijs del sabio y comunicado la inspiracion al genio de la poesia. Ansioso pues el Orador de cautivar anticipadamen-

te la curiosidad de aquella juventud, feliz renuevo de una generacion que suspiraba por las glorias de su patria, anuncia por principio de su discurso que va á descorrer un tanto ese velo misterioso, tras el cual se esconde á los ojos del vulgo una serie de fenómenos, que alimentando el espíritu con útiles verdades, dejan correr al mismo tiempo un manantial perenne de placeres tan puros como satisfactorios.

Estimando como era debido el valor de los conocimientos que habian adquirido ya en el estudio de las ciencias exactas, empieza por anunciarles que ellas serian estériles sino se aplicasen á la física, puesto que las ideas precisas de cantidad y extension venian á tener su complemento y á producir su verdadera utilidad, consideradas como instrumento del espíritu para contemplar con fruto esa cadena continuada de seres que admiramos en el mundo visible. De aqui toma ocasion para juzgar con toda la severidad de la crítica las antiguas sectas filosóficas, que sojuzgando la razon y plegando el universo á sus caprichosos sistemas, parecian haber circunscrito los limites del saber humano en la mas fecunda de todas las ciencias, en la ciencia de la naturaleza. Deplora con el acento de un verdadero filósofo la servidumbre penosa de la razon, encadenada muchos siglos bajo el imperio de la autoridad de Aristóteles; pone á los ojos de su escogido auditorio las espesas tinieblas que envolvian el mundo científico, para preparar asi de un modo muy bello el acontecimiento feliz en que se vieron disipadas tan luego como alzó su frente desde el centro de la Inglaterra el sublime genio de Bacon. Toca rápidamente las reformas de la filosofía, y no mas que para deducir de aqui la necesidad de hacer á un lado los sistemas, no dejando en el teatro de la filosofía sino la observacion y la experiencia como los medios mas eficaces para promover los adelantos, y como las precursoras infalibles de aquellos descubrimientos que mas han

*

honrado en todas épocas el entendimiento del hombre.

Aqui es donde Jovellanos abandonándose rápidamente á su asunto, anuncia que va á recorrer los variados y maravillosos objetos del Universo físico: habla con entusiasmo del Sol, padre y rey de los astros; muestra como él los ilumina y fomenta, y dirige sus pasos, y prescribe sus movimientos; y como cada uno de ellos oye su voz, la sigue obediente, y gira en torno de su brillante trono. De aqui baja á la tierra, y vuelve á subir luego á los otros planetas, para ponderar su distancia enorme de aquel centro y la impotencia en que está la razon del hombre para tocar los limites de tan magnífico sistema: derrámase por la inmensa muchedumbre de las estrellas fijas: su imaginacion, abrumada primero, cede á la sublimidad de las impresiones confusas, y mira las estrellas como brillante polvo sembrado por el Altísimo en el espacio inmensurable: mas despues, unida con la reflexion estrechamente hacen ambas de cada punto luminoso el centro de otro sistema, descubren de un golpe el cuadro grandioso de sistemas que pueblan el espacio: cuadro sublime y divino, cuyos términos se pierden juntamente con la razon del hombre en el seno del Omnipotente; armonia feliz que Dios parece haber querido mostrar constantemente sobre nosotros, ó para hacer sensible su imaginacion á la vista limitada del hombre, como dice Chateaubriand, ó para tener en la region inaccesible quienes prediquen con voz mas fuerte que la nuestra, su gloria y su poder; ó para alimentar de continuo las esperanzas del justo, mostrándole en tan sublimes objetos, un bosquejo de aquella inmortalidad que ha prometido á sus virtudes.

Al terminar el orador esta ojeada que habia dirigido á los astros, llama la atencion de los que le escuchan hácia los objetos que les rodean, como el calórico, principio del movimiento y de la vida; el aire que mantiene la respiracion, purifica

la atmósfera, lleva en sus alas á los otros climas mil nuevas generaciones de flores que cubren, para recrear la vista, la superficie de los valles; sino es que impaciente por salir de las cavernas interiores, rompa las entrañas de la tierra, y haga desaparecer las opulentas ciudades: el mar con sus variadas producciones; la actividad prodigiosa del reyno animal; los primores que deposita en su seno la tierra, y los milagros de la vegetacion. Detiéndose particularmente en aquellos objetos que mas admiran, ya ponderando sus bellezas, ya demostrando su utilidad, ya finalmente convirtiéndolos á su fin, ilustrando así aquella juventud para que distinga en todos los seres de la naturaleza, la mano de una providencia sabia y benéfica, que haciendo sucederse indefinidamente las producciones que mas nos admiran, no pretende mas que prevenir por todas partes las necesidades y deseos de la mas perfecta de todas sus criaturas.

De intento reserva para el fin hablar del hombre, á quien se complace en ofrecer á la vista de la tierna juventud, como el rey de la tierra y el término de sus estudios; siguiendo la carrera de los astros, regulando el movimiento de los planetas, haciendo á su pensamiento atravesar en un instante inmensas y elevadas regiones hasta llegar al trono augusto de la divinidad. En fin, reuniendo en un solo punto el orador lo mas grande y hermoso con que ha ocupado su discurso, lo termina con una exhortacion final para ganar el corazon de los que le escuchan, é inclinar todos sus estudios al conocimiento de las ciencias naturales.

Para seguir con algun fruto la marcha del talento en esta composicion oratoria, es necesario recordar por lo menos algunos principios generales á que está subordinado este género de alocuciones. Estas reglas son tanto mas importantes, cuanto que faltan casi del todo en el arte de hablar de Gomez Hermosilla; quien limitándose á lo puramente didáctico, parece haber olvidado uno de los mas bellos

atributos que tanto esplendor y magnificencia comunican á la oratoria; el de vestir las ciencias con las primorosas galas de la imaginacion, el de ostentar en su mayor altura el espíritu del hombre, cuando exalta el prodigio de los descubrimientos científicos con todo el poder de la palabra y colocando al mismo tiempo sobre ellos los brillantes arreos de un hermoso y encantador estilo.

Despues de la elocuencia sagrada, y los géneros deliberativo y judicial en la profana, ninguna tiene mayores títulos que la académica para ocupar con el mayor interes el ánimo de los sabios. A su inmenso dominio pertenece cuanto puede referirse al sistema general de la educacion, á los progresos de las ciencias y de las artes, á las invenciones admirables y á las investigaciones laboriosas. Cuando acometemos una empresa cuyas ventajas parecen desconocidas, el alma necesita de algun estímulo bastante eficaz para no sucumbir al primer ensayo de sus fuerzas. Hay siempre hasta en la gente que parece gobernada solo por el instinto, una propension irresistible á calcular de antemano los frutos de sus tareas y casi ninguno se mueve sino á impulso de una bella esperanza y sobre una perspectiva que fije de preferencia sus miradas. De aqui viene el grande y generoso empeño en ponderar las ventajas de toda clase de instituciones; y tal es probablemente el origen de los discursos académicos, que destinados á formar esta hermosa perspectiva, arrebatan muy de antemano los deseos de alcanzarla, sin embargo del aspecto vago y confuso con que desde luego suele presentarse.

Mas ningun género es acaso tan difícil de manejar con acierto como este, cuando el discurso va dirigido, no á una reunion de sabios, sino á un conjunto de jóvenes que no han alcanzado todavia ni las primeras nociones de la ciencia que constituye la materia de la composicion oratoria. ¿Como remontarse á las mayores alturas franqueando

toda la perspectiva, sin dejar al auditorio en la misma ignorancia que antes acerca de la índole y objeto de la ciencia? ¿Como descender á pormenores analíticos sin cambiar los atributos del orador por los pasos lentos y dilatados del institutista? Si la circunstancia de hablar á los maestros del arte y á los hombres eminentes que representaban el esplendor literario de la Francia, le franqueó una bellísima oportunidad al célebre Buffon para ostentar los nobles atributos del estilo, y manifestar sobre este punto miras grandiosas que debian satisfacer el gusto de los primeros literatos de la nacion; ningun resultado feliz hubiera conseguido dirigiendo su discurso á un auditorio que no tuviese bien recorrido el dilatado campo de la bella literatura: por que sus ideas, superiores con mucho á la comprension ordinaria, no eran capaces de penetrar sino en los espíritus de una eminente sabiduria. La primera mira que debe tener por lo mismo el orador académico es allanar al auditorio el camino de la inteligencia y hablarle de manera que no se malogren para él los frutos de sus meditaciones científicas y de sus tareas literarias. No quiere decir esto que haya de poner al arbitrio de aquel todo el dominio de la ciencia; que le inicie en sus arcanos mas sublimes, que ponga en sus manos el hilo de los descubrimientos y que le franquee en su totalidad la antorcha clarísima del análisis. Se trata de hacerle formar una idea general sobre la importancia del ramo, y no de inculcarle sus principios; se trata de inflamar sus esperanzas, y no de satisfacerlas de antemano con la posesion absoluta del objeto; se trata de herir la curiosidad y apoderarse de la atencion, y no de enriquecer el entendimiento con la demostracion de las útiles verdades. Para esto hay un medio que han empleado con el mejor éxito los grandes maestros; y es el de generalizar las ideas, pero de modo que por un lenguaje comun y un enlace fiel con las nociones adquiridas ya del auditorio, se

le haga columbrar, aunque á una distancia enorme y en una especie de perspectiva, el grandioso objeto que arrebató el genio del orador.

Hay sin embargo de esto un grave peligro por la misma necesidad en que se halla aquel de presentar las ideas bajo un punto de vista general; y es el de hacer degenerar el estilo en vago y declamatorio. De aqui la precision de elegir un plan no muy vasto y circunscribir perfectamente sus partes: pues limitando el número de relaciones bajo las cuales se considera la importancia del asunto, el racionio tendrá mayor espacio que recorrer y los adornos de la imaginacion, lejos de disiparse al primer exámen de la crítica, tendrán cierta especie de solidez y no perderán nunca ni el menor de sus atractivos.

Para examinar pues á la luz de estos principios el discurso que nos ocupa, comencemos por el anuncio de la materia. „Pero haciéndoos este „anuncio, el amor que os profeso y la obligacion que me impone la confianza del soberano, „me llama á discurrir un rato con vosotros acerca de la importancia del estudio que vais á emprender. Yo invoco en su favor toda vuestra „atencion, todo vuestro zelo. Su novedad, su grandeza, su misma incertidumbre exige de vosotros una „aplicacion constante, una meditacion profunda, una „paciencia heroica. Los cielos, la tierra, cuanto „alcanza la vasta estension del universo, será materia de vuestra contemplacion; pero este admirable, este inmenso objeto, desenvuelto ante vuestros ojos, y sometido al parecer á la jurisdiccion „de vuestros sentidos, está mudo y silencioso para „vosotros: nada dice todavía á vuestra razon, y „nada le dirá mientras no la pongais en comercio „con la naturaleza misma. Conocerla, para perfeccionar vuestro ser: aplicar este conocimiento „al socorro de vuestras necesidades, al servicio de „vuestra patria, y al bien del género humano; ved „aquí el fin de la nueva ciencia á que os prepa-

„raís. Ella es la ciencia del hombre, la que califica todas las demas, y en la que todas buscan su complemento; y es, en fin, la que perfeccionando vuestros estudios, cerrará gloriosamente el círculo de vuestra educacion.”

La economía de este discurso no nos permite reputar como plan la indicacion filosófica que hace el orador respecto del fin que tienen las ciencias naturales, que es la perfeccion del individuo, el socorro de las necesidades propias y el bien de todo el género humano: por que sin embargo de presentar por último al hombre, como el rey la naturaleza, elevándose por el conocimiento de ella hasta el trono de su divino Autor y perdiéndose luego en su inmensidad; la marcha del orador en toda la serie del discurso no supone ni tampoco sigue la distribucion que acabamos de referir. El carácter de la pieza es mas general y muy descriptivo; y bajo este respecto el plan consiste sin duda en el anuncio anterior, de que va á discurrir un rato con sus oyentes sobre la importancia de las ciencias naturales. Este anuncio no puede mirarse como una idea filosófica que subordina á un designio marcado todas las ideas de la composicion: es muy indefinido y vago para ser desenvuelto con utilidad. Hablar de la importancia de las ciencias naturales equivale á tratar de ellas; y este mas bien es el título de una obra, que la proposicion de un discurso académico. Para satisfacer este anuncio, se necesita por lo mismo componer la primera, ó dar al segundo el estilo de una declamacion. Grave defecto á la verdad es este con que luego tropezamos; pero mucha gloria para el orador el haber faltado al rigor de su anuncio en la manifestacion de sus ideas, pues como tendríamos ocasion de notar, supo Jovellanos sorprender á cada paso á su escogido auditorio por el concurso de una vasta penetracion y de un gusto bien formado.

¿Mas como disculparémos la exageracion, ó

mas bien la falsedad del pensamiento contenido en la última cláusula? ¿Puede sostenerse con seriedad que la fisica &c. es por excelencia la ciencia del hombre? Dígase que ella perfecciona nuestro ser, que nos ministra datos abundantes para conocer las relaciones íntimas que hay entre lo fisico y lo moral, admirar la sublimidad y magnificencia de Dios; pero considérese siempre este ramo como uno de los muchos que forman el árbol de los conocimientos humanos y no como su cumbre; y téngase mas bien como un medio de tantos que hay para elevarnos á la verdadera ciencia del hombre, á la filosofia moral, como dice Ciceron. ¿Y como aquella ciencia califica todas las demas y como hallarán en ella su complemento? Si hemos de conservar todavía la significacion usual de estas palabras, no es posible negar que Jovellanos pagó aquí un tributo al mal gusto de abandonar las nociones recibidas para colocar la ciencia ó arte, que se alaba, sobre todas las ciencias ó las artes.

CONFIRMACION.

„A caso alguno de vosotros, desvanecido con los sublimes conocimientos de la matemática se creará capaz de penetrar al santuario de la naturaleza, pero habeis de saber que estais muy lejos todavía de sus umbrales. Son por cierto muy importantes y provechosas las verdades que habeis alcanzado; pero seran estériles mientras no las aplicáreis al conocimiento de la naturaleza. Conoceis ya la cantidad y estension, grandes y esenciales propiedades de la materia; pero solo las conoceis en abstracto y como separadas de los cuerpos. Teneis que investigarlas como uni-

„das, como inseparables de ellos, y con todo nada
 „alcanzareis de la naturaleza mientras no las ob-
 „serváreis en los cuerpos mismos. ¿Que importa
 „que podais calcular la rápida sucesion del tiempo,
 „la inmensa estencion del espacio y los progresos
 „del movimiento; si el movimiento, el espacio, el
 „tiempo son unos seres ideales y abstractos, unos
 „seres que no existen, si son nada mientras no
 „los consideramos como medida del estado y su-
 „cesion de los entes reales? Debeis pues contem-
 „plar estos entes en sí mismos, observar su accion,
 „sus mudanzas ó fenómenos, y subiendo desde
 „ellos á sus causas, investigar aquellas eternas y
 „constantes leyes, que la sabiduria del Criador dictó
 „á la naturaleza para la inmutable conservacion de
 „su grande obra.”

El carácter distintivo de este pasage es la solidez. Las matemáticas son todo para algunos que nada encuentran útil y grande fuera de la verdad geométrica, mientras á los ojos de muchos aparecen en extremo despreciables, como una ciencia puramente facticia, cuyas verdades no merecen rigurosamente este nombre, pues no son el resultado de la conformidad de nuestros juicios con las cosas, sino de combinaciones puramente convencionales. Para el Señor Jovellanos son un medio en alto grado preciso para progresar en el estudio de la naturaleza; verdad luminosa y oportunamente manifestada por el Orador, puesto que dirigia su discurso á unos jóvenes, que habiendo hecho ya el estudio de las matemáticas, se disponian á penetrar en la naturaleza.

No habian pensado los antiguos de esta manera; y he aquí, á juicio del Orador, la fuente de tantas hipótesis que prepararon en breve tiempo el reinado de los sistemas y por consiguiente de los errores. La enumeracion que hace de estos y aquellos, repasando ligeramente las sectas filosóficas, es muy perfecta bajo todos aspectos; pero nada resplandece aquí tanto, como la destreza y gracia

*

con que descende á enumerar los prodigios que ha obrado en el campo de la investigacion la moderna filosofia.

„No os detendré yo en la esposicion de unos
 „errores que la antorcha de la esperiencia ha des-
 „cubierto ya, y casi desterrado del mundo. Bás-
 „teos reflexionar, que Aristóteles fué menos funesto
 „á la filosofia por sus doctrinas que por sus méto-
 „dos. ¿Cual de los antiguos, y aun de los mo-
 „dernos filósofos, se gloriará de no haber pagado
 „su tributo al error? Pero el método de investi-
 „gacion señalado por Aristóteles, extravió la filosofia
 „del sendero de la verdad. Este método era pre-
 „cisamente lo contrario de lo que debio ser, pues
 „que trataba de establecer leyes generales para
 „explicar los fenómenos naturales, cuando solo de
 „la observacion de estos fenómenos podia resultar
 „el descubrimiento de aquellas leyes. Es sin duda
 „muy ingenioso su sistema de categorías y predi-
 „camentos, y lo es tambien el artificio de sus silo-
 „gismos; pero la aplicacion de uno y otro fué
 „equivocada y perniciosa. Su método sintético es
 „admirable para convencer el error, pero no para
 „descubrir la verdad: es admirable para comuni-
 „carla, pero inútil para inquirirla; y cuando la in-
 „dulgente sabiduria perdonáre á este gran filósofo
 „los errores que introdujo en su imperio, ¿como
 „le perdonará el haber cegado sus caminos y
 „atrancado sus puertas?”

„La gloria de abrirlas de par en par, estaba
 „reservada al sublime génio de Bacon. El fué
 „quien con intrépida resolucion y fuerte brazo, que-
 „brantó los cerrojos que tantos esfuerzos y tantos
 „siglos no pudieron descorrer. El fué quien aterró
 „al monstruo de las categorías, y sustituyendo la
 „inducccion al silogismo, y el análisis á la sintesis,
 „allanó el camino de la investigacion de la verdad,
 „y franqueó las avenidas de la sabiduria. El fué
 „quien primero enseñó á dudar, á examinar los
 „hechos, y á inquirir en ellos mismos la razon de

„su existencia y sus fenómenos. Así ató el espíritu á la observacion y á la esperiencia: así le forzó á estudiar sus resultados, y á seguir, comparar y reunir sus analogias; y así, llevándole siempre de los efectos á las causas, le hizo columbrar aquellas sábias admirables leyes que tan constantemente obedece el universo.”

„Por tan segura y gloriosa senda entraron á explorar la naturaleza los hombres célebres, cuyos pasos debéis seguir, y cuyos descubrimientos darán tan amplia materia á vuestro estudio. Sus útiles trabajos, ilustrando la generacion á que pertenecéis, le dieron un derecho á mas altos y provechosos conocimientos. Buscándolos vosotros, reconoceréis por todas partes los caminos que anduvieron, las huellas que dejaron estampadas en las vastas regiones del universo. Allí vereis como Copérnico, desbaratando los cielos de Hiparco y Ptolomeo, se atrevió á restituir el sol al centro del mundo, y fijar para siempre allí su inmóvil trono; y como Keplero en torno de él señaló nuevas vias á los planetas, y dispó las sábias ilusiones de su maestro Tico, en tanto que Harelío espiaba los inconstantes pasos de la luna, y subia hasta ella para contar sus valles, medir sus montes, determinar el espacio de sus mares, y el gran Newton se alzaba sobre la candente masa del sol para regir desde ella los escuadrones celestes. Allí vereis á Galileo y Hugens ensanchar con la fuerza de su telescopio aquel brillante imperio que debian poblar despues el sábio Cassini y el laborioso Herschel, mientras Descartes sometia el de la tierra á su sublime geometria, Leibnitz penetraba hasta las primeras moléculas de la materia, Torricelli encadenaba el aliento para pesarle en su balanza, Franklin estudiaba el fuego para apoderarse del rayo, y Priestley descomponia el aire para conocer su vária indole y su fuerza portentosa. Allí hallareis á la intrépida cohorte de los químicos destru-

„yendo para reedificar, desmoronando las obras de la naturaleza para observar sus materiales, penetrar sus elementos, y remedar sus operaciones. Allí vereis como mas atentos otros á recoger hechos que á sacar inducciones, se derramaron por todos los ángulos de nuestro globo para ilustrar su historia. Como Kleint conversó con los cuadrúpedos, Adanson con los que cruzan la region del aire, Yonston y la Cepede con los que surcan las aguas. Como Reaumur se abatió hasta la rastrera república de los insectos, y Rondelet hasta las conchas moradoras de las desiertas playas. Nada, nada quedó por observar; nada por describir desde que Tournefort y Linneo se atrevieron á formar el inmenso inventario de las riquezas naturales, como si no fuesen inagotables. Hasta que al fin el inmortal Buffon, subiendo á los primeros dias del mundo, resolviendo sus antiguas épocas, lustrando los cielos y las regiones intermedias, y corriendo con pasos de gigante toda la tierra, coronó aquel glorioso monumento que Plinio habia levantado á la naturaleza, y que debe ser tan durable como ella misma.”

¡Que grandioso espectáculo no ofrece á la vista del auditorio la reunion de estos tres pasages! En el primero se presenta Aristóteles semejante á un conquistador, que despues de haber vencido á cuantos le precedieron y acompañaron en la revolucion filosófica de la antigüedad, quedó dueño absoluto del campo y afianzó su trono desde el cual gobernó al mundo científico por espacio de tantos siglos. Este imperio sostenido á la vez de todo el universo llegó á parecer interminable, cuando Bacon se levantó contra él y consiguió restituir al pensamiento su antigua libertad: acontecimiento admirable, y tan fecundo en resultados filosóficos, que muy pronto se vieron disipadas las tinieblas que cubrian la naturaleza, y está sujeta de continuo al entendimiento de mil profundos investigadores. ¡Que cuadro tan sublime! Bacon